

tracaleros; en este caso, algún superior ó estudiante acomodado le daba una pica para que habilitara de nuevo su tianguis estudiantil.

Tantos años tenía allí ya, que los superiores obtuvieron del Gobierno (según se me afirma) que no se le cobrase renta de la pieza que ocupaba.

Desde el rector actual hasta el último catedrático, fueron sus parroquianos; y no es extraño que á todos tutease y tratase con tanta familiaridad.

Más de una madre de familia protestaba de los durazos verdes de Nana Cruz; pues acarreaban enfermedades á los niños, causando el desembolso correspondiente á sus padres y una buena dosis de lágrimas á ellas.

A esta pobre vieja le tocó la peor suerte que se encuentra sobre la tierra: lidiar con estudiantes.

Pero siempre tuvo la calma necesaria y supo acomodarse á todos los géneos de sus huéspedes, (por cierto nada envidiables) y por muchos años les sufrió sus gorduras (flaquezas) y pesadeces, siendo en cierta manera su benefactora.

Más los estudiantes cumpliendo con sus altos y finos sentimientos, nacidos de corazones gratos, han recompensado con munificencia sus desvelos, encargándose de dar á sus cenizas el deseado reposo, con la pompa debida á sus méritos. (1)

(1) Fué depositado su cadáver en el panteón principal de esta ciudad, en el cual sólo se depositan los de los pudientes ó ameritados.

XXII.

Una ascensión aerostática.

Cortan las anclas. y el viento
En sus alas sin tropiezo
Lo lleva á lejanas tierras
A publicar el suceso.

ESTAMOS en el período en el que el General D. Antonio López de Santa-Ana sube y baja del poder á su antojo, como quien entra y sale á su casa. Unas veces toma el mando por la fuerza y luego se le destituye; otras es llamado, y muy en breve hace que renuncia, para volver con mas predominio; pues en el período de cuatro lustros contados del 33 al 53 se hace el juguete de la opinión política del país, y él á su vez juega con ella, á excepción de algunos que permanecen firmes á sus principios.

¡Cuán acertado anduvo el historiador Zamacois al comentar lo que expuesto llevo, al decir que esta es, há sido y seguirá siendo siempre la débil humanidad!

Estamos en Abril de 1853. Toda la República celebra el advenimiento del General Santa-Ana á la presidencia, sin quien recuerde ya, que apenas hace nueve años, llevados del odio de partido, arrastraron uno de sus miembros por las calles públicas de México, maldiciendo su memoria.

Hoy todo ha cambiado; no hay apenas parte alguna en donde no se hagan manifestaciones más suntuosas en favor del único gobernante que ha tenido México que se ha hecho llamar "Su Alteza

Serenísima;" el único que ocupó la silla repetidas ocasiones; el único que sin temor, ha echado abajo las Cámaras y se ha hecho dictador; el único que desmembró el territorio mexicano en favor del yankee, y el único que después de tantos vaivenes de la fortuna, murió en paz en su país, olvidado de todos y en la miseria.

Nuestra ciudad, como todas, tomó también parte en estas manifestaciones de regocijo, haciendo suntuosos bailes, veladas, procesiones cívicas, é invitando á D. Benito León de Acosta para que hiciese una ascensión en su globo, como buen aeronauta de aquella época.

En efecto, amaneció el día destinado para la ascensión y desde temprano se vió llena la plaza de toros de la calle de Huaracha, lugar de la ascensión, llegando el pelotón hasta las calles de Calzontzi y Teresitas ó Marte.

A las nueve de la mañana, que era la hora convenida, se soltaron los amarres en medio del aplauso general y alegres dianas de la música.

A la altura de cien metros iría, cuando quitándose su sombrero hizo un saludo general y se elevó rápidamente.

Los frecuentes cambios del aire, hicieron que no siguiera el rumbo que al principio tomó.

Después de permanecer un buen espacio de tiempo contemplándolo la población, se elevó de tal manera, que ya no pudo verse con la vista natural.

Los campesinos, muy ajenos á tal entusiasmo, sólo se ocupaban en beneficiar la tierra para que á su costa se rieran y divirtieran los cortesanos.

Serían poco menos de las once de la mañana, cuando repentinamente se apoderó un gran pánico de los vecinos de la hacienda de Espejo, (1) perteneciente al Estado de Guanajuato, no menos que de los de las rancherías circunvecinas.

Los peones, dejando estacionadas sus faenas, corrían á buscar con quien encontrarse y acompañarse. Las mujeres salían de sus jacales llenas de pavor esparciendo bendiciones hácia el cielo. En una palabra; los operarios reunidos en grupos en el campo y las familias de igual manera en las puertas de sus casas, no cesaban de contemplar con espantadas miradas y recitando ciertas oraciones, un objeto que venía por el viento atravesando el tradicional cerro del Chivato, y procedente del rumbo de la hacienda de Gamboa (2) y de cuyo objeto hacían multitud de comentarios, pero siempre llenos de misterio como en semejantes casos suele hacerlo la gente ignorante.

D. Benito al pasar por el "Chivato" (cerro de tantas leyendas y lleno de tesoros según ellas,) quiso descender ya paulatinamente, á cuyo fin dió un tirón de la cuerda de la válvula de escape.

Al pasar como á un kilómetro de distancia de la referida finca de Espejo soltó el ancla, pues ya iba el globo muy bajo; pero no logró afianzar.

(1) Residencia del autor hace ya diez y siete años, y lugar donde nació, creció y se desarrolló la idea de esta obra.

(2) Esta hacienda la tuvo arrendada el Sr. D. José de los Santos Frias, esposo de la benefactora D^a. Josefa Vergara, y de aquí sacó el capital que invirtió después en la Hacienda de Esperanza. Todavía se conserva entre la gente de aquella finca la tradición de los innumerables beneficios que sus antepasados recibieron de aquella piadosa queretana.

D. Benito después de esperar á que el ancla hiciera su oficio y no consiguiéndolo, dejó escapar todo el gas abriendo por completo la ventanilla, con cuya operación bajó rápidamente el globo, y á distancia de tres metros se dejó caer D. Benito y aligerándose así el globo, siguió su curso volviéndose así elevar.

Al caer Acosta, se lastimó algo una pierna; pero como su caída fué en un potrero que está entre Espejo y San Vicente, los dependientes de esta le prodigarón toda clase de atenciones.

El cura de San Bartolomé Pbro. D. Bernardino Hernández que pasaba de vuelta de cumplir con su ministerio en una ranchería donde fué llamado, acudió también á prodigarle, si necesario fuere, las medicinas espirituales; más afortunadamente, no fué el golpe de gravedad.

Poco á poco fué creciendo la concurrencia en torno de D. Benito, que fué traído para San Vicente, y en donde pasado lo penoso de la caída y después de platicar un rato de sus aventuras aéreas, fué vitoreado calurosamente por la muchedumbre, entre la que se encontraban las autoridades de San Bartolomé acompañadas de una música de chirimias, violines y tambora, con la que no cesaban de hacer bastante ruido en obsequio del aeronauta.

Después de comer en dicha finca, propiedad entonces de los Sres. Saavedra, salió la comitiva con él á caballo rumbo á esta ciudad, quedando á cargo de recoger el globo y conducirlo á su destino, las autoridades de San Bartolomé.

Poco más allá de la hacienda de San Nicolás en-

contraron la carretela acompañada de un piquete de caballería y una comisión que venía por él.

Al tomar la carretela y ántes de continuar su derrotero, se puso en pié y con su sombrero en las manos dió las más expresivas gracias á todos y á cada uno; siguiendo con un pequeño discurso alusivo á la fiesta, el cual ya para concluir desplegó una de las banderas tricolores que llevaba en el globo, y tremolándola gritó: ¡Viva Su Alteza Serenísima! ¡Viva México! cuyos gritos fueron contestados por sinúmero de voces, entre palmoteos y dianas de la música citada.

Poco después, sólo veíase allá á lo léjos la polvareda levantada por los jinetes en su carrera.

Desde entonces nadie ha vuelto á viajar, porque si es cierto que ha habido ascensiones, pero de poca elevación y dentro del prédio de la ciudad.

En la hacienda citada de Espejo y en el potrero llamado de "La Mesa," lindando con San Vicente, se vé todavía un promontorio de piedras que los de aquella época formaron allí, para perpetuar el recuerdo de la caída de D. Benito.

Llegó á esta ciudad y fué recibido en medio de aplausos, disputándose el paso por ser cada uno el primero en darle un apretón de manos.

Desde el Pueblito había gente esperándolo; así es que su entrada fué verdaderamente triunfal, cual si hubiese sido el primer magistrado de la nación. (1)

(1) El 20 de Julio de 1879 hubo una ascensión aerostática en esta ciudad, por un Señor de apellido Padrón. Esto fué en la tarde llevando el globo por canastilla un trapecio en el que hacía evoluciones el aeronauta.

XXIII.

El Cerro de las Campanas.

Massimiliano
Non ti fidare,
Torna al castello
Di Miramare,
Quel trono fracido
Di Montezuma,
E nappo gallico
Colmo di spuma.
Il TIMEO DANAOS
¿Chi non ricorda?
Sotto la clamide
Trova la corda.

Maximiliano
No te fies,
Vuelve al castillo
De Miramar,
Aquel trono podrido
De Moctezuma
Es copa francesa
Llena de espuma.
El "TIMEO DANAOS"
¿Quién no recuerda?
Bajo la púrpura
Halla la cuerda.

UN TRIESTINO.—1864.

CUALQUIERA que haya viajado por el trén, á su paso por esta ciudad habrá notado la ansiedad que experimentan los viajeros, especialmente extranjeros, en el trayecto de San Juanico á la Capilla.

Apenas se oye entre los pasajeros las palabras "El Cerro de las Campanas," heridos como de una chispa eléctrica se paran, levantan las celosías de las ventanas y dirigen sus gemelos al histórico cerro que se vé, si se viene del interior, á mano izquierda como á distancia de dos kilómetros.

Subió poco y cayó por "Casablanca."

El circo Treviño trajo á esta ciudad en Mayo de 1899 al aeronauta Baldwin, quien ascendió en su globo las tardes de los días 11, 13 y 14 en la plaza Colón, haciendo suertes en un trapecio. La tarde del día 13 subió con su perro. A poca altura se desprendió en el paracaídas, cayendo muy cerca.

Pasa tan pronto el trén ese trayecto, que el curioso viajero apenas puede formarse una idea muy oscura del suelo que recibió los cuerpos inertes de las ilustres víctimas que sirvieron de base al trono republicano.

Apenas se cuenta algún turista, historiador ó visitante, que estando en nuestra histórica ciudad no visite este histórico cerro.

Y cualquiera sin conocerlo ó tener alguna idea de él, ha de juzgarlo muy distinto de lo que en realidad es.

Al poniente de la ciudad y mediando un pequeño vallecillo de un kilómetro de longitud, compuesto de sembrados, se encuentra una pequeña colina, muy insignificante por cierto, si no fuera por sus recuerdos históricos.

Allí, al pie de esa estéril colina y dentro del reducto, fué donde el heredero al trono de Austria recibió el golpe más duro que el destino le deparaba; no ya la muerte que recibiría treinta y seis días más tarde, sino la fatal rendición.

Allí, después de consultar con sus generales, decidió capitular, y bajando con firme paso, semblante sereno; y no obstante de pesar toda la magnitud de su desgracia y esperar un fatal desenlace, adelantóse erguido; porque como él decía á sus generales: "Todo se ha perdido menos el honor," y saludando con su afabilidad habitual al general republicano D. Ramón Corona, entrególe su espada dándose por prisionero en unión de sus valientes.

Los historiadores no están de acuerdo en este hecho; pues unos dicen que entregó la espada al mismo Escobedo y otros que á Corona.

LEYENDAS.—12.

En el tomo 1º de la "Biblioteca reformista" (pág. 166 nota al pié) vemos lo siguiente, que el autor pone en boca de Escobedo.

..... "Se desciñó su espada y al dármela, hice que la tomara el coronel Jesús Fernández García, diciéndole: Conserve Ud. esa espada que pertenece á la República."

.....
El traidor debió estar yá satisfecho de su obra..

.....
Temiendo salir del género que me he propuesto en estos escritos, no me extiendo como deseo en los sucesos que trascurrieron desde el 15 de Mayo, fecha de la rendición, hasta el cadalso; y los cuales irán saliendo relacionados en otras leyendas.

Continuemos pues nuestro relato.

Erase el 19 de Junio de 1867. Día de luto para esta ciudad y cuya hermosa mañana hizo exclamar á Miramón poco ántes de salir al patíbulo: "Así lo habría yo deseado para morir." Las calles permanecen solitarias, tristes y sin aliño. Las casas cerradas; y por los postigos entreabiertos de las ventanas, se dejan escuchar gemidos dolorosos del bello sexo que desahoga su pena á los pies de alguna imagen elevando plegarias fervientes en favor del Monarca que camina al patíbulo.

Ya llega á la falda de la colina y se deja escuchar en medio del silencio la ronca voz del pregonero que á nombre del nuevo gobierno leé en alta voz la orden del día, amenazando con pena de muerte á cualquiera que se atreva á pedir la vida de las víctimas.

Terminada su tarea por los cuatro ángulos del

cuadro que forma el ejército, se procede á la ejecución

Mi pluma demasiado insuficiente á describir esta escena, deja á mis lectores que guiados por la historia, comenten lo triste y doloroso de ella....

Tanto la gente que ocurrió á este acto como muchos de los mismos republicanos, se alejaron de aquel lugar tristes y meditabundos derramando lágrimas de ternura.

Levantados los cadáveres de las tres víctimas, la gente piadosa colocó en los mismos sitios donde aún humeaba la sangre, tres cruces de tosca vara para perpetuar así el recuerdo del fin del imperio.

Estos monumentos permanecieron algún tiempo, sustituidos por unos pequeños promontorios de piedras sobre los que se veía una cruz rayada con bastante imperfección en otra piedra de mayor tamaño.

Los viajeros hicieron que estos desaparecieran, llevándose piedrecitas ó fragmentos de ellas, como un recuerdo histórico que presentar á sus paisanos, del famoso Cerro de las Campanas y del lugar mismo regado con la sangre de los mártires de la patria.

En el período que gobernó esta ciudad el Gral. Olvera, (de 1880 á 1884) adicto á las instituciones monárquicas, permitió que en el lugar citado se levantara un monumento si no digno, al menos que indicara de alguna manera la gratitud de los queretanos, á la memoria del príncipe y sus ilustres compañeros.

La creencia general fué que dicho monumento se levantó á expensas de una matrona acomodada

de esta ciudad y me parece que lo fué D^a Emilia Soto.

Este consistía en unos pilares de labrada cantera de dos metros de elevación, conteniendo una cruz de igual estructura, colocados los tres simétricamente y guardados por un enrejado caprichoso sostenido por cuatro pilares de igual material colocados en los cuatro ángulos.

Se juzgó que tal monumento inmortalizaría aquel hecho memorable; pero la policía descuidó de su conservación y pronto fueron arrancadas de su cimiento aquellas rejas y destruidos los pilares, quedando hoy apenas una ligera idea de lo que allí existió.

Los enemigos del imperio llegaron en su afán por denigrar aquella causa, hasta el grado de llenar los restos de aquel monumento, de epítetos soeces y demasiado bajos contra los héroes ilustres, los cuales varias veces me impuse la ruda tarea de borrar con ayuda de algún instrumento cortante.

En cuanto al afán habitual de nuestro bajo pueblo, por destruir lo que á su paso encuentra, sólo debo decir: que desgraciadamente este es el fruto recogido del abandono con que se ve en nuestros establecimientos la instrucción sobre la historia patria.

Concluida se ve yá la hermosa capilla propiciatoria erigida por la Casa de Austria; y sólo se espera la llegada del cuadro que deberá ocupar la parte principal del altar, para bendecirse y celebrar allí el Incruento Sacrificio.

Quiera el Cielo que este monumento venga á re-

fundir en una sola, las ideas de todos los partidos; y que esta sea la de perdonar los errores políticos de aquellas víctimas, si los tuvieron, y descubrirse con respeto ante el lugar donde terminó el segundo Imperio, sellado con la sangre de aquellos ilustres y valientes caudillos.

XXIV.

D. Juan Caballero y Osio.

A sumar tu piedad cifras faltaron
Y tus dádivas guarismo no alcanzaron.

SI todos los asuntos de mis leyendas fueran del género de ésta, jamás me hastiaría de correr la pluma sobre el papel, ensalzando los hombres poseídos de la más grande de las virtudes, la caridad.

Los héroes se hacen debido á su valor, su resignación, sus sufrimientos etc., etc.; pero para mí, sólo tocan la meta los que voluntariamente sacrifican sus haberes y aún su persona, en beneficio de sus hermanos. Esto sí puede llamarse el colmo de la heroicidad.

Mas como mi pluma es insuficiente á encomiar debidamente al héroe con cuyo nombre encabezamos estas líneas, y mi lengua carece de frases dignas para bendecir su memoria, cedámosle el puesto al historiador Pbro. D. José M. Zelaá, quien se encargará de hacerlo con su erudición que le es peculiar.